



Homilía en Te Deum 2023
Obispo Sergio Pérez de Arce
Catedral de Chillán

Dirijo un saludo cordial a todas las autoridades políticas de la Región y de la ciudad; a los señores y señoras parlamentarios; a las autoridades de los Tribunales de Justicia, el Ministerio público, la Defensoría penal y la Contraloría Regional; a las autoridades de las FFAA, Carabineros, Policía de investigaciones y Gendarmería (con un especial saludo al Ejército de Chile, ya que mañana celebramos las glorias del Ejército); a representantes de diversos organismos de la sociedad civil; a mis hermanos sacerdotes, diáconos y fieles presentes; y a todos quienes participan en este templo y también a través de la radio y las redes sociales en esta solemne acción de gracias.

Esta tradición del Te deum se remonta a 1811, año en que se realizó una Misa de Acción de gracias para conmemorar el primer aniversario de la primera Junta de Gobierno; y se consolidó como una práctica habitual una vez proclamada la independencia, en 1818. Unidos a esta historia, dirigimos hoy agradecidos una oración al Señor por tantos beneficios con que nos muestra su cercanía y providencia, y alzamos nuestra súplica por todos los habitantes de la patria, de manera especial por sus gobernantes y por los más pequeños y frágiles.

Este año 2023 venimos ante el Señor con nuestras alegrías, anhelos y también nuestros sufrimientos. Traemos especialmente el dolor de quienes en el verano han sufrido trágicos incendios, perdiendo no solo bienes preciados, sino también vidas humanas; y traemos el desgarramiento de quienes en este invierno han sufrido inundaciones y, lamentablemente, también la pérdida de seres queridos. Pedimos que todos estos hermanos se puedan levantar, con el apoyo de toda la comunidad.

Llegamos ante el Señor con un cierto sentimiento de tristeza y desesperanza por el momento político y social que hemos estado viviendo en el país, no solo en los últimos meses, sino desde hace varios años. Vivimos un clima de alta polarización, con dificultad para alcanzar acuerdos, con problemas de convivencia y mucha lentitud para concretar reformas esperadas por la ciudadanía, como la reforma previsional. Padecemos como sociedad altos niveles de inseguridad, por la acción violenta del crimen y el narcotráfico. Los habitantes de la Macrozona Sur viven constantes atentados que afectan a escuelas, capillas y otros bienes familiares y de producción. La misma situación económica muestra fragilidades que afectan especialmente a los más pobres y a numerosas familias. Y no olvidamos la existencia entre nosotros de la corrupción, que nos ha sorprendido con nuevos hechos

(en el país y algunos municipios de nuestra región) y nos recuerda que el aprovechamiento de los bienes públicos para beneficio propio cruza los diversos sectores políticos y es una amenaza latente, que hay que combatir con un fuerte sentido ético y medidas políticas y administrativas preventivas exigentes.

La polarización es un fenómeno que caracteriza especialmente al mundo político, a los líderes y gobernantes, y los lleva a estar en una permanente actitud beligerante. Es un fenómeno de la política mundial actual que, lamentablemente, tiene su versión chilena. Dice el Papa Francisco: “La falta de diálogo implica que ninguno, en los distintos sectores, está preocupado del bien común, sino por la adquisición de los beneficios que otorga el poder, o en el mejor de los casos, por imponer su forma de pensar” (FT N° 202).

Pareciera que en el nivel regional estas polarizaciones son menos agudas, y que las diversas instituciones y autoridades buscan hacer su trabajo con dedicación (ojalá no me equivoque), pero en la realidad nacional nos quedamos con la impresión de un país que no sabe mucho adónde va y no termina de acordar caminos para enfrentar sus más urgentes desafíos.

En medio de las controversias y divergencias con que el país ha vivido la conmemoración de los 50 años del Golpe de Estado, ha habido una buena declaración del Senado, con acuerdo de todos (o casi) los sectores allí representados, y que es un signo de esperanza por su tono y contenido. En su parte sustancial dice:

“Estos cincuenta años nos dejan un aprendizaje compartido: el valor de la democracia, del estado de derecho, el respeto absoluto de los derechos humanos, la convicción que ningún proyecto de transformaciones profundas puede impulsarse sin el acuerdo mayoritario de la sociedad y que ninguna diferencia puede llevarnos a perder el respeto esencial que nos debemos como parte de un mismo país.

Nunca podemos tratarnos como enemigos, nunca la violencia es alternativa a la solución racional de los desacuerdos, nunca la dignidad del ser humano puede subordinarse a ningún objetivo político”.

En la misma línea, todos los Obispos de Chile emitimos un Mensaje a fines de julio, que fue escasamente difundido por los medios de comunicación. Allí invitamos a toda la sociedad chilena a trabajar por la paz, destacando algunos valores y aprendizajes que la memoria de los 50 años nos puede aportar para nuestro presente y futuro: el respeto de la persona humana que exige el cuidado irrestricto de los derechos humanos; el cuidar y perfeccionar la democracia, renunciando absolutamente a la violencia política y al quiebre institucional como solución de nuestras divergencias; el diálogo y el acuerdo social y político como base para la construcción de un proyecto común de país; y la reconciliación como nuestra más urgente tarea, para caminar como una sociedad que no niega sus diferencias, pero las integra en un proyecto compartido sobre la base de la verdad, la justicia, el perdón y la fraternidad.

Sabemos que las declaraciones por sí solas no bastan, pero indican el camino por dónde tenemos que ir. Oremos para cada uno de nosotros se haga disponible para recorrer este camino.

En medio de la tristeza y la preocupación por tantos aspectos de nuestra realidad, no faltan sin embargo los signos de esperanza. Son signos que vienen de nuestro pueblo, de la mayoría de la gente que trabaja, se entrega y edifica cada día la sociedad. Doy testimonio personal que habitualmente me encuentro (en la calle, en el comercio, en las instituciones) con gente amable. En nuestra Región, en las comunidades que visito, en las celebraciones de las que participo, encuentro gente buena, sencilla, de fe. Es cierto que entre nosotros hay antivalores, pero todos podemos dar testimonio seguramente del esfuerzo cotidiano de tantos trabajadores, de la solidaridad de muchos ciudadanos y vecinos en los momentos trágicos, de la entrega cotidiana de muchos padres y educadores, de tantos que asumen servicios humildes para bien de todos, de servidores públicos honestos y generosos, de extranjeros que nos aportan sus dones integrándose en nuestra sociedad, de personas que no se dan por vencidas ante las dificultades. Por aquí se asoma el reino de Dios, esto es lo que nos da esperanza de que podemos levantarnos, esto es lo que nos hace creer en Chile.

La palabra de Dios que hemos escuchado nos pone ante el Rey Salomón (1 Re 3, 5-14), ejemplo de sabiduría y humildad en el ejercicio de su poder. El Señor se le aparece en sueños y le dice: “Pídemelo que quieras y te lo concederé”. Salomón se reconoce frágil y sabe que está ante una misión que sobrepasa sus fuerzas: “Soy apenas un muchacho y no sé valerme por mí mismo”. Y, sorprendentemente, no pide a Dios éxito ni riquezas, sino “un corazón comprensivo” para juzgar a su pueblo y “discernir el bien y el mal”. Como Salomón, pidamos al Señor un corazón sensato, un discernimiento auténtico sobre lo que tenemos que hacer, una actitud coherente y generosa para servir.

El Evangelio (Mt 5, 38-48), por su parte, nos ha hablado del amor y, más concretamente, del amor a los enemigos. Jesús nos invita a ir más allá del “ojo por ojo y diente por diente” y nos advierte que no basta amar solo a los que nos aman, saludar solo a los que considero mis amigos o hermanos. Si hacen solo esto, nos pregunta Jesús: ¿Qué hacen de extraordinario?

El Señor nos está invitando a actuar de un modo distinto al común, a ir más allá de lo que ordinariamente se hace. El tiempo político y social que vivimos requiere de un amor extraordinario: a la patria, a los ciudadanos, también al adversario político, para edificar sobre el diálogo y la fraternidad. El Papa Francisco nos ha invitado a la amistad cívica y nos ha dicho que “la grandeza de la política se muestra cuando, en momentos difíciles, se obra por grandes principios y pensando en el bien común a largo plazo” (FT N° 178).

Queridos hermanos, todo esto que señalamos no es fácil vivirlo, requiere una disposición profunda y permanente al bien. Permítanme un último consejo: tomemos contacto con el dolor de nuestros hermanos, eso nos cambia. Cuando conozco que a un hermano le ha sido negada la justicia, cuando sé de otros que no encuentran una buena atención de salud, cuando veo que éste no alcanza a terminar el mes con su salario y aquél lo ha perdido todo en una tragedia, cuando descubro que tal anciano está solo y no tiene familiares que lo apoyen, entonces puedo tomar más conciencia de la nobleza de la vocación política, de la importancia de vivir unidos como país, de lo fundamental que es dedicarse de verdad, con todo el corazón, la voluntad y la inteligencia, a edificar una patria más justa y fraterna,

donde todos tengan pan, respeto y alegría. Tomemos contacto con las heridas de nuestros hermanos, miremos la realidad desde sus ojos, escuchemos sus relatos con el corazón abierto.

A la Virgen del Carmen encomendamos nuestra querida patria y a nuestro Señor Jesucristo tributamos todo honor y gloria.

Sergio Pérez de Arce A. ssc
Obispo de Chillán